

Rubén Ortiz-Lamadrid

Jul 16/54 m

## Competencia del Dr. Hermida

**H**AY varias zonas de La Habana, donde la especialidad es el ruido, pero existe una en particular, que siempre encuentra un pretexto para echar a andar a toda voz los altoparlantes, tormento y pesadilla del vecindario entero: resulta ser la comprendida en la calle Monte, dentro del amplio radio que queda entre las convecinas de Amistad y el Paseo del Prado, especialmente en las esquinas de Suárez —donde ahora se encuentra el escándalo a toda orquesta—, Factoría, Somueruelos y Cienfuegos. Lo que allí ocurre, cada vez que a un comerciante, o a un conjunto de los mismos, se le ocurre realizar una propaganda vocinglera, es algo que espanta, y está requiriendo la acción más enérgica del Ministerio de Gobernación.

Lo significativo de este caso concreto, es que son inútiles las quejas a la policía. Personalmente, en más de una ocasión, (la última durante los días no muy lejanos de las celebraciones pascuales), me he dirigido a los agentes de seguridad en la vía pública, llamando su atención hacia tal situación —por demás obvia y que, de por sí, tenía que ser percibida por cualquiera que no fuera sordo como una tapia—, sin resultado práctico alguno. Lo más que obtuve una vez, fué la promesa de un cabo de la gendarmería, de dirigirse al propietario de ese ser-



**RUBEN ORTIZ  
LAMADRID**

vicio de altoparlantes, para que redujera su estridencia. Al día siguiente, cuando volví por allí, las cosas seguían igual, y así hubo que soportar ese ajuar infernal hasta bien entrado el año nuevo.

De más está decir que en los alrededores de esa zona, ahora en renovada actividad, no puede haber sosiego, porque el estrépito empieza a las ocho de la mañana y continúa, sin intervalo alguno de reposo, hasta las seis de la tarde. A juzgar por el ambiente recargado de escándalo que se padece en los cafés públicos adyacentes a los establecimientos comerciales que por medio de amplificadores distorsionados vociferan sus productos y las grandes rebajas que ofrecen en los mismos, (hoy experimentado por mí breves instantes, porque salí de allí como alma que lleva el diablo), puede interpretarse cuál será la existencia de los vecinos de las casas de huéspedes colindantes, y la de los empleados de las oficinas próximas, así como la del personal que labora en los propios comercios empeñados en tal tipo de propaganda, que tiene que resistirlo, a pie firme, sin comerlo ni beberlo, durante todas las horas de trabajo en el día.

De los transeúntes, ni hablar. Pasan por debajo de esas bocinas enormes que descargan sobre ellos el estrépito, de prisa y con los hombros encogidos, como tratando de protegerse de la lluvia. Así creen que hacen un buen negocio estos benditos comerciantes de la calle de Monte, cuando, en realidad, lo que yo creo es que ahuyentan a los clientes. Y la policía, nuestra responsable policía, los deja ha-

cer, desentendiéndose, con indiferencia culpable, de un problema que, a veces, casi siempre, constituye un caso de orden público.

El doctor Ramón Hermida, que recarga la mano en tantas otras cosas, en este aspecto peca por omisión. Sus agentes brillan por su ausencia en todas partes. Y ello permite que tanto en la calle Monte, en esas tristemente célebres esquinas mencionadas, desde Suárez hasta Cienfuegos, (célebres por el torrente de estrépito que como un aguacero dejan caer a diario sobre la sufrida ciudadanía que transita por esos portales), como en otros y múltiples sitios de la ciudad, el escándalo más chabacano y más impune se trasmite a toda orquesta, siendo un verdadero milagro que ante tamaña indiferencia del poder público para la tranquilidad ajena, no anden ya rodando por los barrios, aquellos endemoniados camiones con altoparlantes para propagandas comerciales, que primero Lomberto Díaz suprimió de un plumazo y a los que luego Curti —hay que hacerle justicia a este criollo en el exilio—, contra las más presionadoras influencias, incluyendo la de los políticos en la proximidad de las elecciones, negó el permiso para que empezaran a hacer de las suyas otra vez.

Lo único que yo sé al respecto de los ruidos en general, y de los que produce a capricho la calle Monte en particular, es que entre Salas Cañizares y Hermida anda el juego, pero la capa no aparece. Dénsese una vueltecita los funcionarios que he señalado, por los lugares descriptos, y verán lo que es bueno.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA